

ZBD # 9

Mario Fresa (poesías)

Textos recibidos el 04/11/2016, aceptados el 04/11/2016 y publicados el 30/01/2017



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Mario Fresa nace en Salerno en 1973. Cursa estudios clásicos y musicales y se licencia en Literatura Italiana. Es traductor de Catulo, Marcial, Bernardo de Claraval, Baudelaire, Musset, Desnos, Apollinaire, Frénaud, Cendrars, Char, Duprey y Queneau, además de autor de libros de ensayo, poesía y crítica literaria. Comienza su carrera como poeta en 1999 presentado por Maurizio Cucchi en *Specchio*, el suplemento semanal del periódico *La Stampa*. Algunos de sus textos han formado parte de la antología *Nuovissima poesia italiana* (Mondadori, 2004) y han aparecido en las principales revistas culturales italianas como *Caffè Michelangiolo*, *Paragone* y *Nuovi Argomenti*. De 2002 es la colección de poemas *Liaison* (Premio Giusti Opera Prima, con prefacio de Maurizio Cucchi), a la que han seguido, entre otros títulos, *Costellazione urbana* (Mondadori, col. Almanacco dello Specchio, 2008), el poema *Alluminio* (con prefacio de Mario Santagostini, Lietocolle, 2008), *Uno stupore quieto* (edizioni Stampa, a cargo de M. Cucchi, 2012, mención especial del Premio Internacional de Literatura Ciudad de Como) o



La tortura per mezzo delle rose (aparecido en el volumen 14 de la revista *Smerilliana* y con un ensayo de Valeria Di Felice). Firma la columna *Sguardi* en la revista de poesía *Gradiva*. *International Journal of Italian Poetry*, en la que además es redactor.

“La experiencia de la poesía es siempre, sin duda, intransmisible; esto es, inefable, nunca reconducible a los límites de una enseñanza externa. El único modo de asumir el don de la aparición poética debería ser concentrar la atención (la “técnica”, la voluntad) y dejar que una carencia nos sorprenda; caer en la interdicción de un defecto y allí callar; y allí escuchar. Es preciso luchar contra nuestro propio desesperado límite: es entonces, solo entonces, cuando las palabras asumen, como observa Amelia Rosselli, «una conducta más que irrespetuosa»”.

De *Liaison* (Plectica editrice s.a.s., 2002)

Tú bajabas, la voz sudada: los ojos goteando en mi cuello. Yo pateaba, ansioso, entre tus mamellas. Tus palabras me excoriaban las manos. Llovía en tu lengua un olor a mandarina. ¿Puedo pasar? Eso decía, revoloteando mis brazo asmáticos cerca de ti, y la tarde soplaba en mis muslos, fumaba entre mis labios como una lluvia de uñas, como una mina.

*

Más arriba en el margen
está la sequedad.
Insomne te escribo
en lo tupido de tu amor.
Y tú no eres. No dices.
En tu plato
solo está
la rosa del cambio.

De *Alluminio* (LietoColle, 2008)

Así nosotros hemos quedado en el río,
en la carretera encerrada de caricias, en la lucha
de la alegría:
en el cambio del adagio hemos caído
en aquel inmenso hálito y en la vaga,
arrastrada blancura
de aquellos años.

Aquí murmuraba la cinta de la garganta,
estaba la inmensa puerta que tragaba nuestros pasos,
en un solo instante;
pero al final nadie se ha acordado de las palabras
que migraban asombradas, retrocediendo en el cielo
con una dulce danza:
«pero mira
cómo nos aspira, ahora, mira cómo
nos renueva, esta viva luz
respirada»

la delgada boca dijo que fue supremo incendio
y que fue presa.

*

Enseguida el temblor ha descansado una vez más en la lluvia,
 en esa liviana tranquilidad que ha engendrado
 la incierta, larguísima temporada.
 La sombra esconde dóciles ruidos y poco a poco se apaga
 en laminada espera el precipicio de agua,
 la cruel hermandad de los gestos
 que disgrega la amplitud de este sueño duro:
 un movimiento ansioso que madura y se vuelve
 un grave devenir, un envenenado deseo.
 Lluve en el implorante fuego de la piel que se encoge
 en este movimiento de promesas dulces;
 respirará la luz petrificada dentro de nosotros,
 se romperá la densa voz del diluvio
 en la lucha de los gestos secados;
 y esta mano y este vuelo figurado
 hacen temblar así
 el dulce nombre de la invitación, y los rizos acarician
 el terreno, en llamas mueren
 en tus blancos brazos.
 Se abre volando la cinta celestial que ya vigila las carreteras:
 la seda envuelve los gestos
 y cómo se calla el estupor de la vista,
 cómo resplandece la flor de los abrazos
 otra vez caída en la luz de los fantasmas...

*

El frío se desliza rompiendo tu voz resplandeciente
 entre las puertas de la casa
 y el temblor de la herida dulce
 luego reluce en tus manos, sobre los destellos
 de la nieve que miden tus pasos:
 nos hemos arropado en las capas
 como en dóciles cáscaras que respiran.
 Precisamente aquí se reconoce la implorante
 luz nocturna que ahora prueba, ansiosa, nuevos
 movimientos para abrazar el fuego
 del sudario, el alto suspiro
 de la memoria: y todavía está viva
 esta mano que brota sutil
 y ya requiere un suave despertar,

 una vendada resistencia.

*

Este pie se ha convertido en viento:
 avanzan los muros, sus bocas ansiosas...
 La mente ya se inclina en el granito de los acordes relucientes,
 y ahora el viaje labra
 el resquicio siguiendo sin voz,
 sumido en el vinagre de los suspiros:
 nos despertamos desconocidos el uno para el otro.
 Y saliendo de repente, el aire ahoga el descanso
 de las manos, y el dulce fuego se vuelve a convertir en hielo:
 «Yo ya no tengo palabras;
 mi lengua está en la espada».
 Así el movimiento se encarama al cielo
 y luego se encoge, perdidamente persigue
 el camino amenazador de los cristales;
 pero en las habitaciones de este viento negro
 se vierten las lágrimas sonoras,
 y en el temblor fatuo de la paz
 se ha parado el precipicio,
 el silencio dilatado de las figuras blancas
 encarceladas todavía en espera de la visión,
 los labios alzados sobre el respiro de la nieve.

*

La mirada se diluye ahora en los párpados suspendidos
 más allá de los ruidos oscuros, en el abrazo del viento
 caído en las bocas de los matorrales:
 aquí se escuchan temblar los variables dedos de las cañas
 en las magníficas entradas del oído

Pero ¿cómo librarse de esta amplia trama
 cosida a ciegas,
 cómo salir de las grietas brillantes de sal,
 franquear las murallas de la noche?

*

Este aire sutil nos ha hecho felices:
 así nos lanzamos, en un instante, corriendo
 de cabeza en la vaga
 sorpresa de los tesoros recuperados.
 Sin embargo, hemos partido como náufragos
 oliendo a miedo; nosotros, con la cabezas
 invadidas por el estruendo,
 la mirada que se desbordaba entera
 en el abismo de lo que esperábamos,
 de lo que temíamos.
 Aquí había un velo claro, justo allí en lo alto,

que bordaba futilidades azules, nuevos néctares;
 estaba la dulce
 santidad de la demora que sabía rodear
 todo el aire: y las manos
 adelante, ahora, para modelar la oscuridad...

*

Se retrae mal una sirena
 que en el secreto se ahoga.
 A los que quiere amar, ella los empuja:
 en la plaza de la larga soledad
 nos hemos refugiado con movimiento
 lleno de estupor.
 ¿Pero qué será de enredo,
 de la ortiga toda lágrimas y malicia
 que nos secaba y luego nos desnudaba?
 Sin embargo, ya ves: cuando hubo el estrago agudo
 de sonidos y perfumes tú recordaste:
 en la tierra del diluvio
 nos han dejado pobres herramientas
 y labios mudos.

*

Suave, así, como una mirada
 lábil, delgada;
 pues bájate en el sueño breve,
 la alegría ya vendrá,
 no pronunciada, como un preciso,
 dócil bisbiseo.

Acoge pues estos solemnes regalos:
 pacientemente aquí es necesario
 anudarlos en la noche de la escucha,
 en el aluminio de las soberbias luces.

Traducción de Paolino Nappi

Da *Liaison* (Plectica editrice s.a.s., 2002)

Tu scendevi, la voce sudata: gli occhi sgocciolandomi sul collo. Io ti scalciavo, ansioso, tra le mammelle. Le tue parole mi sbucciavano le mani. Ti pioveva sulla lingua un odore di mandarino. Posso entrare? Così dicevo, ruotandoti vicino le braccia asmatiche, e la sera mi soffiava tra le cosce, mi fumava tra le labbra come una pioggia d'unghie, come una mina.

*

Più alta sul ciglio
 è la secchezza.
 Insonne scrivo
 nel folto del tuo amore.
 E tu non sei. Non dici.
 Nel tuo piatto
 c'è solo
 la rosa del mutamento.

Da *Alluminio* (LietoColle, 2008)

Così noi siamo rimasti al fiume,
 sulla strada confinata di carezze, nella lotta
 della gioia:
 nel mutamento dell'adagio si è caduti
 in quell'immenso fiato e nella vaga,
 trascinata bianchezza
 di quegli anni.

Qui mormorava il nastro della gola,
 c'era l'immensa porta che inghiottiva i nostri passi,
 in un istante solo;
 e invece poi nessuno ha ricordato le parole
 che migravano stupite, nel cielo retrocedendo
 con una dolce danza:
 «ma guarda
 come ci succhia, adesso, guarda come
 ci rinnova, questa fervida luce
 respirata»

l'esile bocca disse che fu sovrano incendio
 e che fu preda.

*

Poi subito il tremore ha riposato ancora nella pioggia,
 in quella lieve tranquillità che ha generato
 l'indecisa, lunghissima stagione.
 L'ombra nasconde docili rumori e a poco a poco estingue
 in laminata attesa il precipizio d'acqua,
 la crudele fratellanza dei gesti
 che sgretola l'ampiezza di questo sonno duro:
 un movimento ansioso che matura e si fa
 grave divenire, avvelenato desiderio.
 Piove sull'implorante fuoco della pelle che si stringe
 in questo moto dalle promesse dolci;
 respirerà la luce pietrificata in noi,
 si strapperà la densa voce del diluvio
 nella lotta dei gesti prosciugati;
 e questa mano e questo volo figurato
 fanno così tremare
 il dolce nome dell'invito, e i riccioli carezzano
 il terreno, fiammeggiano morendo
 sulle tue bianche braccia.
 Si apre volando il celestiale nastro che sorveglia già le strade:
 la seta fascia i gesti
 e come tace lo stupore della vista,
 come risplende il fiore degli abbracci
 ricaduto nella luce dei fantasmi...

*

Il freddo scivola spezzando la tua voce risplendente
 fra le porte della casa
 e il tremolare della ferita dolce
 poi riluce sulle mani, sopra i lampi
 della neve che misurano i tuoi passi:
 ci siamo riparati nei mantelli
 come in docili gusci respiranti.
 Proprio qui si riconosce l'implorante
 luce notturna che adesso prova, ansiosa, nuove
 mosse per abbracciare il fuoco
 del sudario, l'alto sospiro
 della memoria: e ancora è viva
 questa mano che germina sottile
 e già richiede un morbido risveglio,
 una bendata resistenza.

*

Questo piede si è trasformato in vento:
 si fanno avanti i muri, le loro bocche ansiose...
 La mente già si piega sul granito degli accordi rilucenti,

e adesso il viaggio scava
 lo spiraglio proseguendo senza voce,
 tutto immerso nell'aceto dei sospiri:
 ci svegliamo sconosciuti l'uno all'altro.
 E uscendo all'improvviso, l'aria soffoca il riposo
 delle mani, e il dolce fuoco si ritrasforma in gelo:
 «Io non ho più parole;
 la mia lingua è nella spada».
 Così che il movimento è inerpicato sopra il cielo
 e poi si stringe, perdutoamente insegue
 la strada minacciosa dei cristalli;
 ma nelle stanze di questo vento nero
 si riversano le lacrime sonore,
 e nel tremore vano della pace
 si è fermato il precipizio,
 il silenzio dilatato delle figure bianche
 imprigionate ancora nell'attesa della vista,
 le labbra sollevate sul respiro della neve.

*

Lo sguardo si diluisce adesso nelle palpebre sospese
 oltre i rumori oscuri, nell'abbraccio del vento
 ricaduto nelle bocche dei cespugli:
 qui si ascoltano tremare le variabili dita dei canneti
 nei magnifici ingressi dell'udito

Ma come sganciarsi da questa larga trama
 cucita a moscacieca,
 come uscire dalle crepe sfavillanti di sale,
 scavalcare le mura della notte?

*

Quest'aria fine ci ha reso allegri:
 così che ci gettiamo, in un istante, correndo
 a capofitto nella vaga
 sorpresa dei tesori ritrovati.
 Eppure, siamo partiti come naufraghi
 odorosi di paura; noi, con la testa
 invasa dallo schianto,
 lo sguardo che traboccava intero
 sulla voragine di ciò che attendevamo,
 di ciò che temevamo.
 Qui c'era un velo chiaro, proprio in alto,
 che ricamava azzurre vanità, nettari nuovi;
 c'era la dolce
 santità dell'indugio che sapeva circondare
 tutta l'aria: e poi le mani
 avanti, adesso, per modellare il buio...

*

Si ritrae male una sirena
 che nel segreto annega.
 Quelli che vuole amare, lei li spinge:
 nella piazza della lunga solitudine
 ci siamo rifugiati con una mossa
 piena di stupore.
 Ma che ne sarà di quest'imbroglio,
 dell'ortica tutta lacrime e malizia
 che ci asciugava e poi ci denudava?
 Eppure, vedi: quando fu strage acuta
 di suoni e di profumi tu ricordasti:
 nella terra del diluvio
 ci hanno lasciato poveri strumenti

e labbra mute.

*

Tenue, così, come uno sguardo
 labile, magro;
 dunque abbàssati nel sonno breve,
 l'allegrezza verrà,
 non pronunciata, come un esatto,
 docile bisbiglio.

Dunque tu accogli questi solenni doni:
 pazientemente qui bisogna
 rilegarli nella notte dell'ascolto,
 nell'alluminio delle superbe luci.